

# ALMELA Y VIVES Y EL ARTE VALENCIANO

Quisiera evocar la figura de Almela y Vives, más cercana cuanto más se va alejando en el tiempo, como historiador del arte valenciano, subrayando también su vinculación a la Real Academia de San Carlos, que le contaba, como miembro, entre los más calificados, y como investigador del arte, como uno de los más asiduos colaboradores de ARCHIVO.

Vamos a prescindir, de intento, de toda su labor como articulista para ceñirnos a su otra producción.

Da Almela su primer trabajo sobre arte valenciano en 1927, con una pequeña monografía dedicada a *La catedral de Valencia*. Tres años más tarde publica *Las Torres de Serranos* y la primera *Guía de Valencia* que sale de sus manos. Años más tarde volvería con sincero cariño sobre los tres temas.



El ilustrísimo señor don Francisco Almela y Vives



Don Francisco Almela y Vives en el acto de su solemne recepción pública en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos.

En 1935 aparece su cuidada monografía sobre *La Lonja de Valencia*, primera obra moderna que se realizaba sobre el preclaro monumento, base de trabajos posteriores.

Después de un largo paréntesis, en el cual ocurren hechos de todos conocidos, da a la imprenta (1941) su estudio fundamental sobre *El monasterio de Jerusalem. Un convento de franciscanos en Valencia*.

Nueve años más tarde aparece un trabajo, que su autor llama de divulgación, sobre *Monumentos góticos de Valencia*. Obtiene un éxito notabilísimo, debido a que encubre la erudición bajo capas de sencillez que no es afectada.

En ese mismo año de 1950 ve la luz, en colaboración con Igual Ubeda, una de las obras cumbre de Almela en el campo de la historiografía artística; nos referimos a la titulada *El arquitecto y escultor valenciano Manuel Tolsá*, modelo de monografías, que se publica por el Servicio de Estudios Artísticos de la Institución Alfonso el Magnánimo de nuestra ciudad, de cuyo Servicio era Almela y Vives colaborador insigne.

De 1953 es otro trabajo sobre *El Palacio de la Inquisición en Valencia y sus obras pictóricas*, interesante y amorosa muestra erudita sobre un monumento desaparecido.

También del mismo año es el documentado trabajo sobre *Las Atarazanas del Grao*, monumento histórico-artístico al que defendió desde la prensa diaria para que no cayera en el olvido de los valencianos y desapareciera absorbido por las «reformas».

En 1955 aparecen: *La casa natalicia de San Vicente Ferrer*, *Vida y pintura de José Benlliure* y *Aspectos gremiales de los plateros valencianos*, trabajos para los que emplea documentos de primera mano.

Dos años más tarde publica en «Revista de Ideas Estéticas» uno de sus más importantes trabajos: *Los valores estéticos de San Vicente Ferrer*, en el que da cuenta de los sentimientos vicentinos hacia el arte. Trabajo sólo posible gracias a la conjunción de dos factores: la fina sensibilidad de Almela y su conocimiento de la obra vicentina.

También en 1957 da a conocer la primera monografía sobre *José Brel*, el famoso pintor de toros valenciano.

Por fin llegamos a 1958. En esa fecha hace Almela su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos. Elige un tema que le arañaba en lo hondo de su consciente valencianía: «Destrucción y dispersión del tesoro artístico valenciano.» Es de nuevo la dolorida voz de quien contempla todo un rico acervo artístico desmantelado, de quien estaba viendo desaparecer los últimos vestigios en medio de la indiferencia de tanta gente como aseguraba amar a la tierra de sus mayores.

En 1959 vuelve sobre uno de sus más queridos temas: *Pere Balaguer y las Torres de los Serranos*, y publica otra monografía definitiva: *Ramón Stolz y sus pinturas en la sala de los Fueros*. Estudia desapasionadamente la figura del gran pintor valenciano

y presenta su obra en la sala de los Fueros del Ayuntamiento de Valencia.

Por último, aparte del discurso sobre el pintor Cabrera Cantó que reproduce este número de ARCHIVO, no podemos dejar de referirnos a dos obras: primero, a la monumental *Valencia y su Reino*, obra primorosa en la que el asombro del lector no proviene sólo de lo que Almela le ofrece, sino de lo que intuye que sabe y deja para otra ocasión, y después a la póstuma *Guía de Valencia*, en la que un acertado y selecto grupo de fotografías de temas valencianos hallan el eficaz comentario en la pluma, siempre ágil, de Almela.

Ese guardar, de momento, para sí y luego darlo todo generosamente, nos ha impedido gozar la tantas veces prometida *Guía artística de Valencia*. El arte valenciano espera la mano que ponga en marcha, con reverencia, lo que Almela dejara esbozado.

Para quien le conocía bien, esos, a veces, largos paréntesis, en los que no citamos ninguna publicación artística, sabe se debían a que estaban saliendo de sus manos otras obras en otros campos en los que se movía también con igual soltura.

Recordar a Almela como historiador del arte valenciano es hablar de un antes y un después, de un verbo popular y cálido y a la vez aristocrático, de un vacío que será muy difícil de cubrir con eficacia.

SALVADOR ALDANA

